

si escapado del fuego me veo conducido á la muerte. Me refrenaré, encubriré á los demas mi cobardía, pero temblaré. Solo si.... ¿no es tambien valor obrar como si no se sintiesen los temblores, y sentirlos? ¿No es, pues, generosidad esforzarse en dar de buena gana lo que se siente dar? ¿No es obediencia obedecer con repugnancia?

La batahola en casa del alcaide era tan grande que indicaba un peligro cada vez mas inminente. Y á todo esto el *secondino* que habia ido á buscar la órden de sacarnos de estos lugares no volvia. Al fin creí oír su voz, me puse á escuchar, y no distinguí sus palabras. Aguardo, espero, ¡en vano! no viene alma viviente. ¿Posible que no hayan concedido trasladarnos á un sitio en salvo del fuego? ¡Y si ya no hay arbitrio ninguno de escapar! ¿Y si el alcaide y su familia no piensan mas que en ponerse á salvo ellos mismos, y ninguno ya se acuerda de los pobres *enjaulados*?

Esta no es filosofia, proseguia yo, esta no es religion. ¿No haré yo mejor de prepararme á ver las llamas entrar en mi cuarto y devorarme?

Entre tanto, se apaciguaban los clamores, poco á poco no oí ya nada, y ¿esto prueba que habia cesado el incendio? ¿ó todos cuantos pudieron se habrán huido, y ya no quedan mas aquí que las víctimas abandonadas á tan cruel destino?

La continuacion del silencio me serenó: conocí

que debia haberse apagado el fuego. Fui á la cama, y me reproché haber sufrido cobardemente, y ahora que no se trataba ya de quemarse, sentí no haber perecido en las llamas mas bien que dentro de pocos dias verme morir á manos de los hombres.

En la mañana siguiente supe por Tremerello cuál habia sido el incendio, y me reí del miedo que me dijo haber tenido, como si el mio no hubiera sido igual ó mayor que el suyo.

L.

El dia 11 de enero (1822) á eso de las nueve de la mañana Tremerello aprovecha una ocasion para venir á mí, y decirme todo agitado: — ¿Sabeis vos que en la isla de San Miguel de Murano, ahí poco lejos de Venecia, hay una prision donde estan tal vez mas de cien *carbonari*?

— Ya me lo habeis dicho otras veces. Y bien..... ¿qué quereis decir?... Vaya, hablad. ¿Hay acaso algunos que esten condenados?

— Cabalmente.

— ¿Quiénes?

— No sé.

— ¿Será uno de ellos mi pobre Maroncelli?

— ¡Ah! señor, no sé, no sé quiénes son. Y se fue turbado, mirándome en ademan de compasion.

De allí á poco vino el alcaide, acompañado de los *secondini*, y de un hombre que no habia visto en mi vida. El alcaide parecia confuso; el forastero tomó la palabra :

— La comision ha mandado que vengais vos conmigo.

— Partamos, respondí, y vos pues ¿ quién sois?

— Soy el alcaide de las prisiones de San Miguel adonde vais á ser trasferido.

El alcaide de los *Plomos* entregó á este último mi dinero que tenia en su poder. Pedí y obtuve el permiso de hacer algun regalo á los *secondini*. Puse en orden mi ropa, cogí la Biblia debajo del brazo, y partí. Bajando las escaleras á nunca acabar, Tremarello me asió la mano á hurtadillas, parecia querer decirme : " ¡ Desgraciado, estás perdido !

Salimos por una puerta que caia á la laguna, y allí estaba una góndola con dos *secondini* del nuevo alcaide. Entré en ella, y opuestos sentimientos me conmovian, á saber, cierta pesadumbre de abandonar la morada de los *Plomos* donde habia sufrido mucho, pero donde tambien habia amado á alguien, y alguien me habia correspondido, el placer de encontrarme en aire libre, despues de tanto tiempo de reclusion, de ver el cielo, la ciudad y las aguas sin el infausto cuadrado de las rejas de hierro, el recuerdo de la divertida góndola que en tiempos mas felices me llevaba por esta misma laguna, y de las góndolas

del lago de Como, y de las del Mayor, y de las barquillas del Pò, y de las del Ródano y Saona..... ¡ O risueños años desvanecidos ! ¿ Quién habia entonces en el universo que me igualase en felicidad?

Nacido de los mas cariñosos padres, en una condicion que no es pobreza, y que aproximándose casi igualmente al pobre y al rico pone á las claras el verdadero conocimiento de ambos estados (condicion que reputo la mas ventajosa para ganar los afectos); yo, despues de una infancia pasada entre todas las dulzuras de la vida doméstica, habia ido á Leon de Francia al lado de un anciano primo de mi madre, riquísimo y muy digno de sus riquezas, en donde todo cuanto puede servir de encanto para un corazon deseoso de elegancia y amor habia colmado de delicias el primer ardor de mi juventud ; de allí vuelto á Italia, y domiciliado en Milan con mis padres habia continuado á estudiar y amar la sociedad y los libros, no hallando sino amigos escelentes y lisonjeros aplausos. Monti y Foscolo, aunque adversarios en sí, tenian por mí igual benevolencia. Cobré mas afecto á este último, y este iracundo hombre que con su genio áspero y desabrido promovia á tantos á desamarlo, era para conmigo todo dulzura y cordialidad, y yo le veneraba tiernamente. Los demas literatos de mérito me amaban tambien como estos, y yo les correspondia del mismo modo. Ninguna envidia, ninguna ca-

lumnia me alcanzó nunca, ó á lo menos eran de gentes tan desacreditadas que no podia causarme detrimento. A la ruina del reino de Italia, mi padre habia trasladado su domicilio á Turin con el resto de la familia, y yo dejando de un dia á otro el proyecto de reunirme á tan caras personas, habia acabado por permanecer en Milan en donde me rodeaba tanta felicidad que no podia resolverme á abandonarla.

Entre otros buenos amigos, tres, en esta última ciudad, predominaban en mi corazón, D. Pietro Borsieri, Monseñor Lodovico de Breme y el conde Luigi Porro Lambertenghi. Mas adelante se agregó á estos el conde Federigo Confalonieri. Encargado de la educacion de dos hijos de Porro, era para ellos como un padre, y su padre como un hermano. En esta casa afluia no solo cuanto habia de mas distinguido en la ciudad sino copia de viageros respetables. Allí conocí á madama de Staël, á Schlegel, Dawis, Byron, Hobhouse, Brougham, y á otros muchos ilustres personages de varias partes de Europa. ¡Oh! ¡cuánto alegría y estimula á ennoblecerse el conocimiento de los hombres de nota! Sí, yo era feliz, no hubiera cambiado mi suerte con la de un príncipe. Y de suerte tan gustosa saltar en medio de carceleros, pasar de una prision á otra, y acabar por ser ahorcado ó perecer en los cepos.

LI.

Haciendo estas reflexiones, llegué á San Miguel y fui encerrado en un cuarto que daba vista á un patio, á la laguna y á la bella isla de Murano. Pregunté por Maroncelli al alcaide, á su muger, y á cuatro *secondini*; pero me hacian visitas cortas y llenas de confianza, y no querian decirme nada. Sin embargo entre cinco ó seis personas, es difícil no se encuentre una asequible á compadecerse y á hablar: hallé una de esta especie y supe cuanto sigue: Maroncelli despues de haber estado largo tiempo solo, permaneció encerrado con el conde Camilo Laderchi: este habia salido de la cárcel hacia pocos dias, como inocente, y aquel volvió á quedarse solo. Entre nuestros compañeros habian tambien salido, como inocentes, el profesor Juan Domingo Romagnosi y el conde D. Juan Arrivabene. El capitán Rezia y el caballero Canova estaban juntos. El profesor Ressi se hallaba moribundo en una prision vecina á la de estos dos.

— De los que no han salido, pues, dije, han llegado las sentencias. ¿Y qué se espera para dárseles á conocer? Acaso, que el pobre Ressi muera, ó esté en estado de oír su sentencia, ¿no es verdad?

— Discurro que sí.

Todos los días preguntaba yo por ese infeliz.

— Ha perdido el habla— la ha recuperado, mas delira y no comprende— da pocas muestras de vida— arroja á menudo sangre, y el delirio sigue— está peor— va mejor— está agonizando. Tales respuestas me dieron durante varias semanas, hasta que una mañana me se dijo: murió.

Vertí una lágrima por él, y me consolé con pensar que habia ignorado su condena.

Al día siguiente 21 de febrero (1822), el alcaide vino á buscarme, eran las diez de la mañana; me condujo á la sala de la comision, y se retiró. Estaban sentados, y se levantaron el presidente, el inquisidor y dos jueces asesores. El presidente con tono de noble commiseracion me dijo que habia llegado la sentencia, la cual era terrible, mas ya el Emperador la habia mitigado. El inquisidor me la leyó: — condenado á muerte; despues leyó el rescripto imperial: — se commuta la pena en quince años de *cárcere duro*, en la fortaleza de Espielberga.

Respondí: ¡hágase la voluntad de Dios! Y mi intencion era verdaderamente recibir en cristiano este horrendo golpe, y no mostrar ni tener resentimiento contra cualquiera que sea.

El presidente alabó mi moderacion, y me aconsejó conservarla siempre, diciéndome que de ella podia depender quizá, dentro de dos ó tres años,

ser meritorio de mayor gracia. (En vez de dos ó tres, fueron despues muchos mas.) Los demas jueces me dirigieron tambien palabras de afecto y esperanza; pero uno de ellos que en el proceso me habia parecido siempre muy hostil, me dijo algo de cortés que no por eso dejó de parecerme pungitivo, y juzgué esta cortesía desmentida por sus miradas, en las cuales hubiera jurado que habia una risa de alegría y de insulto. Ahora ya no juraria fuese así, pues pude muy bien haberme engañado, pero entonces se me revolvió la sangre, y me costó trabajo contener mi furor. Disimulé, y mientras me estaban aun elogiando por mi cristiana paciencia, ya la habia perdido yo interiormente.

— Mañana, dijo el inquisidor, sentimos tener que anunciar á vos la sentencia en público; mas es formalidad indispensable.

— Sea, respondí.

— Desde este instante, añadió, os concedemos la compañía de vuestro amigo.

Y llamado el alcaide, me entregaron de nuevo á él, mandándole que fuese puesto con Maroncelli.

LII.

¡Qué dulce momento fue para mí el volvernos á ver, despues de un año y tres meses de separa-

cion y de tantos sufrimientos ! Los gozes de la amistad nos hicieron casi alvidar por algunos instantes la condenacion.

Me desprendí no obstante en breve de sus brazos para tomar la pluma y escribir á mi padre, pues deseaba ardientemente que el anuncio de mi triste muerte llegase á la familia mas bien por mí que por otros, á fin de que la angustia de estos amados razones fuese templada con mi lenguaje de paz y religion. Los jueces me prometieron de expedir sin pérdida de tiempo esta carta.

Maroncelli me habló en seguida de su proceso, y yo del mio, nos confiamos varias aventuras de cárcel, nos pusimos á la ventana, y saludamos á otros tres amigos que estaban en la suya; dos eran Canova y Rezia que se encontraban juntos, el primero condenado á seis años de *carcere duro*, y el segundo á tres; el tercero era el doctor Cesare Amari que en los meses anteriores no habia sufrido ninguna sentencia, y salió despues declarado inocente.

El hablar con unos y con otros fue agradable distraccion por todo el dia y parte de la noche. Ma apenas en la cama, apagada la luz, y hecho silencio no me fue posible dormir, la cabeza parecia un volcan, estaba congojoso pensando en mi casa. ¿Podrá soportar tamaña desgracia mis ancianos padres? ¿Bastarán los otros hijos para consolarlos? Todo

eran amados tanto como yo; pero ¿ un padre y una madre encuentran jamas en los hijos que les quedan una compensacion por el que han perdido ?

¡ Ah ! si hubiese solo pensado en mis parientes y en alguna otra persona dilecta, su recuerdo me afligia y enternecia; mas pensé tambien en la creida risa de gozo y de insulto de aquel juez, en el proceso, en la causa de mi condenacion, en las pasiones políticas, en la suerte de tantos amigos míos... y no pude ya juzgar con indulgencia á ninguno de mis adversarios. Dios me ponía en una grande prueba. Mi débito era sostenerla con virtud; no quise. El deleite del odio me agradó mas que el perdon : pasé una noche de infierno.

Por la mañana no hice mis oraciones, pareciéndome el universo obra de una potestad enemiga del bien. Otras veces habia ya sido asi calumniador de Dios, mas no hubiera creído volverlo á ser, principalmente en tan pocas horas. Juliano en sus mayores extravíos no podia ser mas impío que yo. Con recapacitar pensamientos de odio, mayormente cuando uno está perseguido de sumas desdichas, la cual deberia hacerle mas religioso, aun siendo justo, se vuelve inicuo. Sí, aun siendo justo, porque no se puede odiar sin soberbia. ¿ Y quién eres tú, miserable mortal, para pretender que ningun semejante tuyo te juzgue severamente? ¿ para pre-

tender que ninguno te puede hacer mal de buena fe, creyendo obrar con justicia ? para lamentarte si Dios permite que mas padezcas de un modo que de otro ? Me persuadia era infeliz de no poder rogar, pero en donde reina soberbia, no se puede encontrar otro Dios que uno mismo. Hubiera querido recomendar á un supremo consolador mis parientes desconsolados, y en él ya no creia.

LIII.

A las nueve de la mañana entramos en una góndola Maroncelli y yo para conducirnos á la ciudad. Arribamos al palacio del Dux, y subimos á la cárcel; nos pusieron en el cuarto en que pocos dias antes estaba el comandante; ignoro á dónde este fue trasladado. Nueve ó diez esbirros estaban allí sentados para custodiarnos, y nosotros dando paseos aguardabamos el instante de sacarnos á la plaza. La espera fue larga, pues el inquisidor solo llegó á las doce á anunciarnos que era preciso marchar. El médico se presentó, aconsejándonos el beber un vaso de agua de yerba buena; aceptamos, y se lo agradecemos no solo por su atencion, sino por la profunda lástima que nos manifestaba el buen anciano. Era el doctor Dosmo. En seguida se acercó el gefe

de los esbirros, y nos puso las esposas; seguimosle, acompañados de los demas esbirros.

Al bajar la magnífica escalera de los *Gigantes*, nos acordamos del Dux Marin Faliero allí decapitado, entramos en el gran pórtico que del patio del palacio da á la plaza, y llegados á este punto volvimos á izquierda hácia la laguna. En medio de la plaza estaba el tablado en que debiamos subir. Desde la escalera de los *Gigantes* hasta este tablado habia dos filas de soldados alemanes; pasamos por enmedio de ellas.

Allí subimos, miramos al rededor, y vimos en este inmenso populacho el terror. Por varias partes se apercibian a lo lejos otros soldados armados; se nos dijo que estaban en aquel sitio los cañones con las mechas encendidas.

Y era esta plaza en donde en setiembre de 1820, un mes antes de mi prision, un mendigo me habia dicho: este es sitio de maldicion. Me acordé de este pobre, y dije entre mí: ¿Quién sabe si entre tantos millares de espectadores no está él tambien, y quizá me reconozca?

El capitán alemán gritó que nos volviésemos hácia el palacio, y mirásemos arriba. Obedecimos, y vimos en el balcon un curial con un papel en mano que era la sentencia. Leyóla en voz alta.

Reinó profundo silencio hasta las espresiones: *condenados á muerte*. Entonces se levantó un ge-

neral murmullo de compasion. Siguió nuevo silencio para oír el resto de la lectura. Nuevo murmullo se alzó á las espresiones : *condenados al carcere duro, Maroncelli por veinte años, y Pellico por quince.*

El capitán nos hizo seña de bajar. Echamos otra vez la vista alrededor, y bajamos. Volvimos á entrar en el patio, á subir la escalera, y á meternos en el cuarto de que nos habian sacado, nos quitaron las esposas, y fuimos conducidos á San Miguel.

LIV:

Los que habian sido condenados antes de nosotros habian ya partido para Lubiana y Espielberga, acompañados de un comisario de policía. Ahora se estaba aguardando el regreso de este para conducirnos tambien á nuestro destino. Este intervalo duró un mes.

Mi vida era entonces hablar mucho, y oír hablar para distraerme. A mas de eso Maroncelli me leía sus composiciones literarias, y yo las mías. Una tarde lei desde la ventana *Ester d'Engaddi* á Canova, Rezia y Armari; y en la tarde siguiente: *Yginia d'Asti.*

Mas por la noche me desesperaba y lloraba, y

dormía poco ó nada. Deseaba y temía á un tiempo saber cómo mis padres habian recibido la noticia de mi infortunio. Al fin llegó una carta de ellos; Cuál fue mi dolor! viendo que mi última no les habia sido enviada sin demora, segun habia yo rogado tanto al inquisidor. Mi infeliz padre, lisonjeado siempre de la esperanza de verme enviar absuelto, toma un día la gaceta de Milan, en la que leyó mi sentencia; él mismo me contaba este cruel descubrimiento, y me dejaba imaginar cuán angustiada quedaba su alma. ¡Oh! ¡cómo á la inmensa compasion que sentí por él, por mi madre, y toda mi familia me indigné de que mi carta no habia sido espedida con mayor diligencia! No habrá habido malicia en esta tardanza, mas la supuse infernal, creí ver en ello una barbarie refinada, un deseo feroz que el azote tuviese toda la violencia posible aun para mis inocentes padres. Hubiera querido poder verter un mar de sangre para castigar esta inhumanidad imaginaria.

Ahora que reflexiono de sangre fria, no la encuentro verisimil; este atraso sin duda no tuvo otro origen que la negligencia.

Furioso como estaba me estremecí oyendo que mis compañeros se proponian cumplir con la iglesia antes de partir, y conocí que no debia yo hacerlo, no teniendo ninguna voluntad de perdonar. ¡Hubiera yo dado tal escándalo!

LV.

Llegó al fin el comisario de Austria, y vino á decirnos que dentro de dos dias partiriamos. — Tengo la satisfaccion, añadió, de poder daros un consuelo, y es que á mi regreso de Espielberga ví en Viena á S. M. el Emperador, quien me dijo que los dias de vuestra pena serian de doce horas, y no de veinticuatro; de este modo está disminuida de mitad.

Este anuncio jamas se nos fue confirmado despues de oficio; pero no era probable que faltase á la verdad el comisario, mayormente no dándonos esta noticia en secreto, pues era á sabiendas de la comision. No me pude con todo regocijar, siendo á mi ver poco menos horribles siete años y medio de hierros que quince, puesto que me era imposible creer viviese tan largo tiempo. Mi salud era de nuevo bastante endeble, padecia dolores vehementes de pecho, tosia mucho y creia dañados mis pulmones: comia poco, y este poco no lo digería.

La partida se efectuó en la noche del 25 al 26 de marzo. Nos fue permitido dar un abrazo al doctor Cesare Armari nuestro amigo. Un esbirro nos encadenó transversalmente la mano derecha y el pie izquierdo con el objeto de que no pudiesemos huir. Entramos en una góndola, y los guardias remaron

hácia Fusina. Llegados aquí encontramos listos dos coches, en uno subieron Rezia y Canova, Maroncelli y yo en el otro, en áquel estaba el comisario, y en este el subcomisario; completaban la comitiva seis ó siete guardias de policía, armados de fusiles y sables, repartidos unos dentro del coche, y otros en el asiento del cocheró.

Es siempre doloroso verse obligado por la desgracia á espatriarse uno, pero encadenado, conducido en climas horribles, destinado á vivir penando años y años entre esbirros, es cosa tan angustiosa que no hay términos con que esplicarla.

Antes de pasar los Alpes, el amor por mi nacion se acrecentaba de hora en hora con motivo de la comiseracion que por todas partes nos manifestaban cuantos encontrabamos. En cada ciudad, en cada aldea, en cada choza, siendo ya notoria nuestra condenacion algunas semanas hacia, nos estaban aguardando. En varios puntos, los comisarios y guardias tenian sumo trabajo en disipar el gentío que nos rodeaba, siendo admirable la simpatía que nos mostraban.

En Udina nos sucedió una dulce sorpresa: llegados á la posada, el comisario mandó cerrar la puerta del patio, y apartar al populacho, nos señaló un cuarto, y dió orden á los criados que nos trajeran la cena, y lo necesario para dormir; un instante despues entran tres hombres con colchones á cuestras. ¡Cuál es nuestra admiracion al ver que uno solo

de ellos es sirviente del meson, y los otros dos conocidos nuestros! Hicimos como si les ayudabamos á posar aquellos, y les tocamos furtivamente la mano: las lágrimas se derramaban del corazon á ellos y á nosotros. ¡Oh! ¡cuán cruel nos fue no poderlos arrojar en los brazos unos de otros!

Los comisarios no echaron de ver esta tierna escena, mas sospeché que uno de los guardias penetró el misterio, en el acto mismo que el buen Dan me estrechaba la mano: este guardia era un veneciano, miró á la cara á aquel y á mí, se puso blanco pareció titubear si debía alzar la voz, mas se calló y volvió los ojos á otro lado, dándose por desentendido; y si no adivinó que eran amigos nuestros pensó á lo menos que eran criados de nuestro conocimiento.

LVI.

Salimos de Udina en la mañana siguiente cuando apenas clareaba el dia: el excelente Dan estaba ya en la calle, embozado en su capa, nos saludó otra vez, y nos siguió gran trecho. Vimos tambien un coche venir detras de nosotros en un espacio de dos ó tres millas, y en él uno estaba ondeando su pañuelo; al fin retrocedió. ¿Quién era pues? lo sospechamos.

¡O Dios! ¡benedicid todas las almas generosas que no tienen á menos amar á los desafortunados! ¡Ah! ¡tanto mas las aprecio, cuanto en los años de mi calamidad conocí cobardes que me renegaron, y creyeron ganar algo repitiendo improperios contra mí! Afortunadamente estos últimos fueron pocos, y no escaso el número de los primeros.

Me engañaba creyendo que esta compasion que hallábamos en Italia debería cesar desde el momento que entrásemos en tierra estrangera. ¡Ah! el bueno es siempre compatriota de los infelices. Cuando estuvimos en países ilíricos y alemanes, acontecia lo mismo que en los nuestros; era universal este gemido: *arme herren!* (¡pobres señores!)

Algunas veces llegando á un pais, habia precision de mandar parar nuestros coches antes de decidir á dónde iríamos á hospedarnos, entonces la poblacion se apiñaba al rededor nuestro, y oiamos palabras compasivas que verdaderamente salian del corazon. La bondad de esta gente me conmovia todavía mas que la de mis compatriotas. ¡Oh! ¡cuánto yo se lo agradecía á todos! ¡Oh! ¡cuán suave es la piedad de nuestros semejantes! ¡cuán dulce amarlos! El consuelo que esto me traía disminuía hasta mis resentimientos contra los que yo llamaba enemigos míos.

¿Quién sabe, reflexionaba yo, si viesse de cerca

sus semblantes y si ellos viesan el mio, y si pudiese leer en sus almas, y ellos en la mia, quién sabe, digo, si no estarían obligados á confesar que no habia en ellos perversidad alguna, como ellos tambien que no veian ninguna en mí? ¿quién sabe si no hubieramos podido menos de compadecernos respectivamente y de amarnos? Pues hartas veces se aborrecen los hombres, porque no se conocen recíprocamente, y solo con comunicarse algunas palabras, bastaria para darse con confianza el brazo unos á otros.

Nos detuvimos un dia en Lubiana, en donde Canova y Rezia se separaron de nosotros, y fueron conducidos al castillo; es fácil imaginarse cuán dolorosa fue para todos cuatro esta separacion.

En la noche de nuestra llegada á Lubiana y en el dia siguiente tuvo la atencion de venirnos á hacer compañía un caballero que se nos dijo (si no me equivoco), ser un secretario municipal: era muy humano, y hablaba afectuosa y dignamente de religion. Sospeché fuese un sacerdote, pues los eclesiásticos en Alemania suelen vestirse como los seglares. Tenia una de esas caras francas que infunden aprecio: sentí no poder hacer mas largo conocimiento con él, y me pesa haber tenido la inconsideracion de olvidar su nombre.

¡Cuán dulce me seria tambien saber el tuyo, o jovencita, que en una aldea de Estiria nos seguiste

en medio de la turba, y luego cuando nuestro coche hubo de detenerse por algunos minutos, nos saludaste con ambas manos, en seguida partiste con el pañuelo en los ojos, apoyada en el brazo de un moceton triste cuya rubia cabellera parecia descubrir un origen aleman; pero que tal vez habia estado en Italia, cobrado amor á nuestra infeliz nacion! ¡Cuán dulce me seria igualmente saber el nombre de cada uno de vosotros, o venerables padres y madres de familia, que en diversos lugares os acercábais á nosotros para preguntarnos si teniamos padres, y con nuestra afirmativa respuesta os poniais pálidos exclamando: ¡Oh! ¡restitúyaos pronto Dios á estos míseros ancianos!

LVII.

Llegamos á nuestro destino el 10 de abril. La ciudad de Brünn es capital de Moravia, y en ella reside el gobernador de ambas provincias de Moravia y Silesia: está sita en un valle risueño, y tiene cierto aspecto de opulencia, pues muchas fábricas de paños prosperaban allí entonces, las cuales despues decayeron; la poblacion era de cerca de treinta mil almas.

No lejos de sus muros al poniente se eleva un

montecillo, y sobre él reposa la infausta peña de Espielberga, antiguamente palacio de los señores de Moravia, y hoy día el mas riguroso presidio de la monarquía austriaca. Era ciudadela bastante fuerte pero los Franceses la bombardearon y tomaron en tiempo de la famosa batalla de Austerlitz (la aldea de este nombre está á poca distancia). No ha sido despues restaurada para poder servir de fortaleza pero se reconstruyó una parte del recinto que estaba derrocada. Cerca de trecientos reos, los mas ladrones y asesinos, estaban allí custodiados, uno sufriendo el *cárcere duro* y otros el *durisimo*.

El *cárcere duro* significa estar obligado al trabajo, llevar una cadena á los pies, dormir sobre una tarima desnuda, y alimentarse de la mas pobre y escasa comida que darse puede; el *durisimo* es estar encadenado mas horriblemente con un archo de fierro alrededor de los hijares, y la cadena fija á la pared, por manera que apenas puede uno arrastrarse alrededor de la tarima que sirve de cama: la comida es la misma, aunque la ley diga: *pan y agua*. Nosotros, presos de Estado, estabamos condenados al *cárcere duro*.

Subiendo á la cima de esta colina, volviamos los ojos atras par decir adios al mundo, inciertos si el abismo que nos iba á tragar vivos se abriria ya para nosotros. Yo estaba sereno esteriormente, pero dentro bramaba; en valde queria acudir á la filoso-

fía para apaciguarme, la filosofía no tenia razones suficientes para mí. Partido de Venecia con quebrantada salud, el viage me habia estropeado sobremanera: la cabeza y todo el cuerpo me dolian, estaba ardiendo en calentura. El mal físico contribuia á tenerme iracundo, y probablemente la ira agravaba la dolencia corporal.

Fuimos entregados al superintendente de Espielberga, y nuestros nombres fueron inscritos entre los de los ladrones. El comisario imperial al regresar nos abrazó, y estaba enternecido: os recomiendo á todos particularmente la docilidad, nos dijo; la mas mínima infraccion de la disciplina podrá ser castigada por el superintendente con penas severas.

Hecha la entrega, Maroncelli y yo fuimos conducidos á un corredor subterráneo en donde se nos abrieron dos tenebrosos cuartos no contiguos: cada uno de nosotros fue encerrado en su mazmorra.

LVIII.

Acerbísima cosa es, despues de haberse despedido ya de tantos objetos, cuando no quedan mas que dos amigos igualmente desventurados, ¡ ah! sí, acerbísima cosa es el separarse uno de otro. Maroncelli al dejarme me veia enfermo, y compadecia en mí á un hombre que probablemente no veria ya jamas: yo compadecia en él una flor rozagante,